

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

EL MALECON DE LA BAHIA

Por Federico Villoch.

CUANDO en los primeros meses del gobierno del General Machado se dió a conocer su célebre y fantástico Plan de Obras Públicas, la crítica de una parte, y de la otra, el choteo criollo tuvieron ocasión de lucir sus facultades; pero Carlos Miguel de Céspedes, nombrado Secretario de Obras Públicas, acometió aquellas obras con denuedo y fe; y lucha aquí, vence allá, logró al cabo que burlas y críticas se acallasen, siendo realidades la Plaza de la Fraternidad, el Capitolio con sus jardines, la Carretera Central, la transformación completa del paseo del Prado, la Avenida de las Misiones, y cien mejoras por el estilo, entre ellas, el Malecón de la Bahía, que ha dotado a nuestro puerto de una de las entradas más bellas del mundo, y que es objeto de la presente vieja postal.

Y no vale decir aquí, siempre en el plano de la enconada crítica política—del que ni Dios nos saca por inveterada costumbre—que aquellos polvos trajeron estos lodos; porque no hay tales lodos, sino muchos jardines sembrados de vistosas y perfumadas flores; y muchas innovaciones de indiscutible trascendencia; y gran número de bellezas que nos honran ante el mundo: si hay lodos, irán por los caminos de Dinamarca; de lo que es bien que nos apartemos, no sin llevarnos las manos a las narices...

Antes de iniciar sus planes el dinámico Carlos Miguel, la entrada de nuestro Puerto no se distinguía, ciertamente, ni por lo pintoresco, ni por lo limpio; teníamos, pasada la barra del Morro, la «Puntilla», ensenada fea y cenagosa, donde se mecían docenas de endebles botecillos destinados a la pesca, que utilizaban los aficionados domingueros, los que corrían serios peligros al pretender alcanzarlos saltando de arrecife en arrecife; y hoy pueden hacerlo, cómodos y seguros, gracias al embarcadero construido en el propio sitio compuesto de varios escalones de piedra.

También servía esta «Puntilla» para desembarcar las maderas que procedentes de las costas americanas traían las barcas y bergantines que se dedicaban a ese negocio, depositándolas allí para ser luego conducidas a los almacenes de Ladislao Díaz y Tellería, que, como se recordará, tenían sus barracones y almacenes en lo más céntrico del Prado. El de Tellería desapareció devorado por un gran incendio. A veces permanecían aque-las maderas cerca de la Punta, formando grandes tongas sobre las que venían a sentarse los paseantes al caer el día, para ver entrar los buques por la boca del Morro y deshacerse, en blancas y bulliosas espumas, sobre los arrecifes de San Lázaro, los imponentes oleajes del invierno. ¡Qué diferencia entre aquel sucio y malo'iente lugar, vertedero de caños y cloacas; y el limpio y cómodo Malecón de hoy, cuyo primer tramo construyeron los americanos durante el mando del general Wood, en 1901. Allí tenía aquel popular Don Bernardo,



«el de la Punta»—mote que no sabemos si se lo debía a vivir en aquella explanada, o a la costumbre de usar la larga canosa pera terminada en punta—jefe de voluntarios, y de los más intransigentes, por cierto; allí tenía, decíamos, su casa particular, que se le triplicó de valor entre las manos, al vendérsela al acaudalado señor Tirso Mesa para convertirse más tarde en el entonces a la moda Hotel Miramar, de vida tan efímera, sin embargo, y no obstante los esfuerzos que para sostenerlo en primera línea realizó su arrendataria doña Pilar Somoano de Toro. Antes de edificarse el que fué después Hotel Miramar, varios alegres bohemios de la época, entre ellos el recién graduado doctor Pereda, los hermanos Robreño, Elías Vedia, Villaverde, el nieto de Don Cirilo, el postalista, Carlito Maciá y otros jóvenes de la Acera, en un cafetín que se instaló provisionalmente en la casa que había sido del citado don Bernardo, «el de la Punta», fundaron un Petit-Club que bautizaron con el exótico y pintoresco nombre de «El Malecón de Alejandria», por el recuerdo que despertaba aquel sitio de Dionisius y otros personajes de la novela, entonces en boga, titulada «Afrodita», original del exquisito escritor francés Pierre Luis, cuyo argumento se desarrolla en aquel pintoresco puerto del Oriente. Chistes, risas y canciones alegraban aquel rincón, hasta las primeras luces del alba: la hora de los pescadores; y de las pecadoras. Ramiro Mazorra le cantaba algunas veces el Cielo y Mar, de Gioconda, o el prólogo de Payasos, a las olas. En el «Malecón de Alejandria» se brindaba todas las noches por el porvenir de Cuba—entonces palpitante de halagadoras esperanzas—y también por que «aquellos primeros metros del Malecón que acababa de iniciar el gobierno de la intervención americana llegaran en su día a extenderse a todo lo largo del litoral, hasta el Vedado, convirtiendo el oscuro y pestilente albañal de San Lázaro en un limpio y elegante paseo digno de la capital de la República; y encanto de los que un día la visitaran, entrando por su Puerto». ¡Felices los supervivientes de aquella simpática bohemia del «Malecón de Alejandria», que, andando el tiempo, vieron su sueño realizado!... Pero continuemos, después del «Castillito», y de veinte y seis años de tiempo, con el Malecón de Carlos Miguel.

Después de la «Puntilla», se levantaba el muro de la calle de Cuba, en cuyo número cuatro se hallaba, y se halla aun, el célebre café «El Lucero», en el que cafan de madrugada gentes del hampa enredados con la policía y tan conocidas como «Jimenito», Pancho Iman, y el diestro cartista Juan Vento, hermano del tristemente célebre bandido Manuel Vento, el de las coplas; del que se libró al fin la sociedad aplicándosele «la ley de fuga». En los altos del café «Lucero» vivía el Marqués de Sandoval, quien se entretenía por las tardes en arrojarle desde su terraza centavos y niqueles a la chiquillería del barrio. El café «Lu-

cerro» era propiedad de don José Echozarreta, abuelo del hoy tan aplaudido baritono cubano Romano Splinter.

Frente al muro, entre «El Lucero» y la Maestranza de Artillería, existía una pirámide de viejas granadas, al parecer inservibles, cercada por una verja de hierro, como recuerdo del tiempo antiguo. No recordamos si fué una de estas granadas, u otra que se trajo a la Habana, de las que habían servido en Cárdenas o Santiago de Cuba, en la guerra con los americanos, fué escogida por el comandante de dicha Maestranza don Severo Gómez Núñez, para rodearla de un aro de platino y conservarla como recuerdo de aquella guerra, y al estar realizando ese trabajo varios obreros de dicha Maestranza, sin sospecharlo, hizo explosión el proyectil, hiriendo de gravedad a varios de aquéllos, y causando la muerte del cabo Martín Flores y del joven Carlos Bauzá, hermano éste de Joaquín, que años más tarde fué conocido y apreciado administrador de la empresa Suárez y Rodríguez, del género cubano, que funcionaba en el teatro Martí.

Al lado de esta pirámide de viejas granadas se levantaba un cuartelillo destinado a los obreros de la infantería de marina que trabajaban en la Maestranza. A la puerta de la cocina de este cuartelillo veíase por las mañanas un buen número de chiquillos callejeros de aquella barriada, pellando papas, todos a una; a cuyos servicios correspondían después los cocineros del cuartelillo dándoles a cada uno una buena cacerola de rancho, que se llevaban a sus casas respectivas. Forzando la memoria no nos costaría mucho citar los nombres de algunos de aquellos «fiñes»: unos, segados ya por la muerte; otros, desaparecidos en el montón anónimo de la miseria; algunos, triunfadores de la vida, en la que ostentan, al presente, destacados puestos en la política, las profesiones universitarias y las finanzas. Venía después el llamado «boquete», frente a la tan citada Maestranza; y seguidamente, las peligrosas resacas que iban a estreñarse con el muro de la Cortina de Valdés, todo lo que comunicaba a la entrada de nuestra bahía el poco agradable panorama de un puerto turco de segunda clase.

El Sr. Presidente de la República inició solemnemente los trabajos de dragado a la entrada del Puerto, en la parte conocida por «Bajos de San Telmo», el día 23 de septiembre de 1925. Todos recordarán aquellos disparos de cañón que se hicieron para que desapareciesen dichos bajos. El propio Presidente manejó una carretilla para conducir los primeros materiales de la obra, y fué estruendosamente aplaudido por el numerosísimo público que presenciaba el acto. Si Machado se hubiera retirado al terminar su primer benéficoso periodo de gobierno, muy otra hubiera sido su memoria; pero ya dijo Cervantes—y pocos han hecho caso de su dicho—«que nada hay más grato que mandar y ser obedecido; y que una vez que se ejerce el poder, se desea ya conservarlo toda la

la Capitanía del Puerto, y el relleno del espacio comprendido entre dicho muro y el Litoral, constituyendo una obra que debía considerarse de primera necesidad, toda vez que no sólo embellecía la ciudad y la entrada del Puerto, sino que ensan- vida»...

Tenían por objetivo aquellas obras la construc- ción de un muro entre el Castillo de la Punta y chaba y facilitaba el tráfico, evitando la conges- tión en los muelles y parte comercial de la ciu- dad. Para llevar a cabo toda esta fuerte y com- plicada urdimbre, trabajaban tres grúas flotantes que se llamaban «Cristóbal Colón», «Hatuey» y «Guarina». Se echaron a volar las especies más alarmantes y ridículas: que la bahía se iba a des- bordar sobre la ciudad—¡Jesús nos valga!—; que en los días de fuertes nortes las embarcaciones surtas en el Puerto iban a chocar y deshacerse unas contra otras; y, en fin, que no se le robaban al mar impunemente ciento once mil metros cuadra- dos, sin que «a su hora», su venganza fuera terri- ble y memorable. Aquel «loco de Carlos Miguel» abrigaba sin duda secretos y pérfidos designios so- bre los pacíficos—y rutinarios—vecinos habaneros. Pero se realizaron las obras; y ya hemos visto que no se desbordó nada, como no fueran los debidos e.ogios a los iniciadores de aquélla; ni que tem- blaran las esferas, sino que ha quedado allí una amplia y bella avenida que predispone en nuestro favor a los cultos inmigrantes que nos dispensan la honra de visitarnos...

La entrada del puerto de Barcelona despierta en el viajero la idea de que lo hace en una ciudad en alto grado optimista, comercial, industrial; en el de Nueva Yok, que va a enfrentarse con un mons- truo de acero que puede, o acogernos, o estrangularnos, entre sus musculosos brazos; en el de la Habana de hoy, que le espera una dulce y bella criolla ataviada a la moderna, todo amor, cariño, simpatía...

Los que no conocieron, o no recuerdan, el as- pecto de aquella entrada de nuestra bahía, no pueden aquilatar, ni darle su justo aplauso, ni su merecido elogio, a las obras que allí se llevaron a efecto en el corto periodo de poco más de un par de años, a lo sumo. Se iniciaron las obras el día 22 de marzo de 1926 y... hay que escribir el SE CONTINUARA de los folletines. Desde que empe- zaron aquéllas no se habiaba más que de su fra- caso. Este Malecón de la Bahía sirvió de tema a los opositores del Gobierno para enjuiciarle ante el público. Muchos iban allí por la mañana, o por la tarde, para gozarse en este o aquel fiasco o malogro; o para retirarse, mordiéndose los labios con despecho, al constatar que la obra iba ade- lantando día por día, pulgada a pulgada, metro a metro. Que se agotaron los fondos. Que Carta- ya, Secretario de Hacienda, se negaba a conceder nuevos créditos para continuar la descabellada em- presa. Que el gobierno americano, velando por la seguridad de su marina de guerra y de sus gran-

des barcos trasatlánticos, le habían opuesto serios reparos a la obra en una enérgica nota diplomá- tica que obraba ya en poder de nuestro gobierno. Que, en fin se iban a suspender los trabajos; pero todos los días, al asomar el astro rey su «rubi- cunda faz», que dice Quijano, por encima de las lomas de Guanabacoa la Bella, las sirenas de las dragas allí instaladas hendían los aires con sus estridentes silbatos;; y continuaban los trabajos.

Desde el Castil'o de la Punta—que al decir de la gente, entre paréntesis—por milagro no se con- virtió en pintoresco hotel para turistas, cuando cierta activa señora, entendida en el ramo, le hizo proposiciones a José Miguel para adquirirlo y de- dicarlo a aquellos fines, desde la pintoresca for- taleza, decíamos, que se levanta a la entrada del Puerto, a la derecha, hasta tocar en el Muelle de Caballería, trepidaba, se movía y se agitaba a lo largo del Litoral un mundo de obreros, de alba- ñiles, de mecánicos; un vértigo de dragas, ataguías, camiones cargados de barriles de cemento, de vi- gas de hierro, de pilotes, de rollos infinitos de alambres; una catarata de cantos y enormes pe- druscos; una pesadilla de bombas, donquis y grue- sas cañerías de desagüe; imágenes espantables de buzos que ascendían de lo profundo, con sus cho- rreantes escafandras, después de asegurar un base o desplazar un estorbo; un desfile continuo de ingenieros, de ineantes, carpinteros, zapadores, to- do en número tal vez superior al que necesitaron las líneas Maginot y Sigfrido para levantarse en- tre los campos enemigos de Francia y de Ale- mania. Y los imprescindibles comentarios de los infinitos zánganos que iban a ver cómo trabajaba la colmena:

- ¡Qué barbaridad!...
- ¡Claro, como es el pueblo el que paga!...
- ¡Ni el Canal de Panamá!...
- ¡Están locos!...

—Al partir del espigón de la Pila de Neptuno —nos explicaba un ingeniero que trabajaba en las obras, cuando a'gunas veces íbamos a hacer también de zánganos contemplativos—y en una distancia de 4.30 metros, en dirección al Castillo de la Punta, el Malecón estará formado por dos hileras de tablestacas de hormigón armado, separadas entre sí y a distancias variables, según la profundidad del firme, fluctuando esta distancia en- tre 8.30 metros y 14.10 metros. Entre estas dos hi- leras de tablestacas y a distancias regulares de 2.50 metros entre sí, se clavarán pilotes verticales que llevarán a cada lado pilotes inclinados hacia la línea exterior de tablestacas, y que servirán de tornapunta a toda la estructura...

Y por ahí continuaba el atento informador lle- nándonos la cabeza de amarres y pilotes; de al- quitraves y escolleras; de taludes y zunchos; de placas y de muros, de tal modo, que ya nos pare- cía ver convertido el Puerto todo en una inmen- sa explanada, sobre la que corrian y se entrecru- zaban los buques de todos los tamaños y calados convertidos en automóviles, tranvías, ómnibus y motocicletas.

Los señores Arellano y Mendoza fueron los contratistas de las obras, siendo sus directores Mr. C. C. Fig-Feral y José del Alamo, auxiliados por los ingenieros cubanos Agustín Abadía, José María de Hombre, Amigó, Latorre y Corominas. Trabajaban en ellas un promedio de cuatrocientos hombres diarios, entre carpinteros, electricistas, albañiles, mecánicos, etc. Recordamos de ellos los maquinistas de grúa Joaquín Bauzá, Antonio Vico, que falleció recientemente; Amador Rodríguez, Julio Soldevilla, Manuel Torres, José Mateo, y Herrera, maquinista que lo había sido de los Ferrocarriles Unidos, en la actualidad guardia jurado de la tienda «El Encanto» de Galiano y San Rafael, muy querido de sus dueños. De los capataces, José Peña, Antonio Quintero; y de los veinte mecánicos que había, a Valdés y Solares. Un sentido recuerdo para el buzo Emilio Leyra, gallego de no más de veinte y cinco años, que pereció ahogado al colocar uno de los últimos bloques de la obra...

Debemos sentirnos altamente orgullosos los habaneros de ese magnífico panorama que el viajero contempla desde la toldilla de su buque, al enfrentarse con la entrada de nuestro Puerto: allá lejos, dominando el grupo de modernos y hermosos edificios que lo rodean, la majestuosa e imponente cúpula de nuestro Capitolio; los rascacielos que de poco tiempo a esta parte se han levantado en lo mejor y más céntrico de nuestra urbe; la doble línea de frondosos árboles de nuestro paseo del Prado, cuyo piso granítico de distintos colores semeja una rica alfombra extendida a todo lo largo de la poética alameda; el Palacio Presidencial, simpático y atrayente en su modestia; la ancha Avenida de las Misiones que a él conduce; el monumento al Generalísimo Máximo Gómez, cuya bélica prestancia corrió por el mundo entero durante la epopeya de la Independencia Cubana; después, en medio de los jardines, el del gran educador D. José de la Luz Caballero; la nueva Estación de Policía; la típica Plaza de Armas y el antiguo e histórico palacio de los Capitanes Generales, que ya hoy, en gran parte, pueden verse desde los muelles; los amplios y sólidos espigones, a la vera de los cuales atracan al presente los trasatlánticos de mayor calado; y, el día que haya Justicia, queremos decir, cuando se levante el Palacio de Justicia que se tiene en proyecto, sustituyendo al feo caserón amarillo de la antigua cárcel colonial, se le habrá añadido una nueva y deslumbrante perspectiva a la entrada del Puerto, que ya hoy, gracias al «loco de Carlos Migue», tiene bastante y es sobrado bella con EL MALECON DE LA BAHIA.

Pero con eso y todo, las obras de ese Malecón no están terminadas. ¿Habrán, entre los «razonables de la hora presente», algún «otro loco» que quiera darles digno remate? Aunque a «los locos del día» les da más bien por el delirio de grandeza...

Man. Oct 30/39

